

Arrighetto

El insomnio

Durante la noche, el cruel dolor se lanza sobre mí para llegar hasta mi corazón. Por la noche, lloro y me lamento sin cesar, redoblo los gemidos y todos los dolores crecen en mí, y una continua hoguera escuece mi corazón. Mis palabras y mi dama son, ¡ay de mí!, tan dolientes. Mientras menos hablo con voz dolorida, la ira se desborda y con innumerables saetas traspasa mi corazón; la cruel tempestad de las penas me enloquece. Cambio de posición una y otra vez, y mi lecho mullido con agudas espinas punza mis tristes miembros. Ora el colchón está demasiado alto, ora está demasiado bajo; jamás en el justo medio. Ora inclino la cabeza, ora la levanto; ora la inclino hacia la izquierda, ora hacia la derecha; ora me hundo, ora me reincorporo; ora me vuelvo hacia acá, ora hacia allá; ora boca arriba, ora de bruces, hasta posar la cabeza en la parte donde deben estar los pies. Pero no puedo permanecer así: me levanto y reacomodo la cama, volteo el colchón, colocando la parte de los pies en la cabecera; pero tampoco así me siento bien. Maldigo a mi sirviente, que no sabe arreglar mi lecho, y con airadas voces llamo al inocente. “Ven acá, Hugo miserable! ¡Maldito, ven acá de inmediato! ¿Dónde estás? ¿Acaso estás acostado? ¿Revisaste mi cama? ¿A qué se debe todo esto? ¿Por qué mi lecho no deja de punzarme? ¿Dónde rayos estás?” Lo abofeteo y me desquito con él de todos los contratiempos. Él voltea una y



Piel de cocodrilo. Foto: Edgardo Soriano-Vargas.

otra vez el colchón, carmena todas las plumas para vengarse de los golpes que le di. Enseguida vuelvo a acostarme, intentando dormir; pero no consigo quedarme quieto un solo instante. Así arrastra el bóreas las hojas de los árboles; así la fortuna desplaza a los hombres con su rueda; así la cruel agua se congela, y un sudor enemigo y abundante recorre mi cuerpo. Entonces quiero llorar, pero mis ojos beben sus propias lágrimas y, a la postre, las vomitan y sus dos fuentes bañan mi rostro.

¡Maldito sea el día en que me concibió mi madre! ¡Malhaya el día en que me parió, asimismo el día en que comencé a mamar y en el que lloré por vez primera en la cuna! ¡Maldito el día en que salí de su vientre! ¡Oh, si el primer día en que mi madre me dio a beber de su pecho Dios me hubiese cambiado por cualquier otro, a fin de escapar de tantos males! Debieron cortarme al punto la cabeza, pues era preferible sepultar los miembros muertos que vivir padeciendo algo peor que la muerte. Todas las cosas con-fabulan en mi contra.

“POCO SE SABE de la vida de Arrigo da Settimello, mejor conocido como el *Arrighetto*, un poeta del tardío medioevo latino. Parece que estudió en Bolonia, en vista de su buen conocimiento de los clásicos. Ordenado sacerdote, obtuvo la rica parroquia de Calenzano, cerca de Florencia; pero se ignoran las razones por las cuales de pronto e injustamente, según sus propias palabras, se la quitó el obispo de Florencia, despojándolo de comodidades y honra. Este contratiempo le inspiró en 1193 la famosa elegía *Diversità della fortuna e consolazione della filosofia*, en la cual —bajo los consabidos disfraces mitológicos tomados de Boecio, que también le proporcionan el modelo retórico— saltan a la vista un vigor y una inmediatez en su notable originalidad expresiva” (*Dizionario degli autori*, Bompiani, Milán, 1987).LC



Sol espinado. Foto: Edgardo Soriano-Vargas.

GUILLERMO FERNÁNDEZ. Poeta y traductor. Es autor de *La palabra a solas*, *La hora y el sitio* y *Bajo llave*, entre otras obras. Ha traducido más de 50 libros del italiano, sobre todo de poesía. Recibió el Premio Jalisco de Literatura (1998). Pertenece al Sistema Nacional de Creadores. Fue condecorado por el Gobierno de la República de Italia con la Orden de Comendador (2000).